

EL Q\ H\
WOLFGANG AMADEUS
MOZART

EL Q\ H\
WOLFGANG AMADEUS
MOZART

HERNANDO BONILLA MESA



Ó Hernando Bonilla Mesa
Ó Editorial p
Editor: Álvaro Lobo
editorialpi@epm.net.co
Revisión de textos: José Raúl Jaramillo R.
Revisión ortotipográfica: Hernán Giraldo
Diagramación: Mery Murillo
Impresión: Todográficas Ltda.
Impreso y hecho en Colombia
Medellín, Colombia. 2004

De esta edición se han hecho cien ejemplares numerados, ninguno de los cuales será puesto a la venta.
--

DEDICATORIA

*A la memoria de mi padre, Luis Ernesto Bonilla Ramírez,
médico, masón y musicólogo.*

A la noble y valiente masonería austriaca.

Índice

Prólogo	9
I. La masonería austriaca en el siglo de las luces	13
II. EL Q\ H\ Wolfgang Amadeus Mozart. 25	
III. La música	41
IV. La flauta mágica	65
V. La muerte (El oriente eterno)	81
Apéndice I	93
<i>Cronología masónica</i>	93
Apéndice II	95
<i>Pensamientos</i>	95
Bibliografía	99
Citas bibliográficas	103

Prólogo

Solía decir Borges, citando a Plinio el Joven, como ya lo había hecho Cervantes en su obra capital, “que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno”. Acogiéndome a los generosos beneficios que brinda esta sentencia, decidí poner a consideración del público este escrito, que no tiene pretensiones literarias y musicológicas algunas.

Sus orígenes mediatos los ubico en los primeros años de la década de los cincuentas del siglo pasado, cuando mi padre, el médico Luis Ernesto Bonilla Ramírez, melómano y masón, tradujo del inglés el comentario y los textos poéticos que acompañaban la grabación fonográfica que la casa disquera Vox hizo, en ese entonces, de la obra musical masónica de Mozart. Es razonable suponer que él hubiese leído esta traducción, que no abarcaba más de seis hojas tamaño carta, no sólo a sus amigos del Club “Los Tridentes”, selecto cenáculo de melómanos ibaguereños, sino también en el más íntimo ámbito de sus hermanos masones.

Muchos años después, en 1991, cuando se conmemoraba el segundo centenario de la muerte de Mozart, leí, no sin sorpresa, en una corresponsalía de algún diario de circulación nacional que estas obras masónicas

se interpretarían en Medellín. Este acontecimiento puede considerarse como el estímulo más próximo que me animó para realizar este opúsculo.

Pero, para entonces, ya se habían publicado las obras de Chailley, Zörrer, Braunbehrens, los Massin, Sadie, Hutchings y Robbins Landon, que complementaban los ya clásicos aportes de Davenport, Deutsch, Einstein, Dent y Paumgartner, especialmente. Esta nueva generación de mozartianos arrojó nuevas luces, fijó más amplios horizontes y rectificó muchos aspectos basados en mitos y leyendas, sobre todo en lo atinente a la faceta masónica de Mozart, tema que, por obvias razones, fue considerado tabú durante muchos años. Fruto de todo este proceso fue la corrección, cuando no la invalidación, de gran parte del material informativo y conceptual de la mencionada traducción. Desde entonces, y casi obsesivamente, consideré mi deber recabar la mayor información posible sobre la relación del músico con la masonería; y los resultados de esta tarea fueron, al menos para mí, ampliamente satisfactorios y concluyentes. Quizá, por estos antecedentes, sólo aspiro a que se me considere un buen recopilador de una dispersa pero profusa información sobre este tópico. Los laureles y las palmas deben prodigarse a la constelación de estudiosos e historiógrafos mozartianos que ya nombramos.

La dedicatoria de este libro es una conjunción de sentimientos de gratitud y de admiración: de gratitud a mi padre, que me indicó el camino; y de admiración a la masonería austriaca por su valentía y persistencia, y por haber gestado en su seno al más ilustre masón de la historia.

¿Agradecimientos? Muchos, pero mi conciencia no quedaría tranquila si no hiciera, así sea mínimamente, un recuento de mi gratitud. Gracias a Luis Carlos Ibáñez, Carmen Julia Laserna Jaramillo, Hernán Clavijo Ocampo,

César Augusto Zambrano Rodríguez, María Isabel Vargas Arango, Hipólito Rivera Castellanos, César Lindo Hoyos y Edna Victoria Boada, por sus alentadores conceptos, sus valiosas sugerencias y su permanente estímulo. Gracias, muy especiales, a Alberto González de Greiff y Guiomar por su desinteresado y generoso esfuerzo que desplegaron para que esta obra fuera publicada. Gracias póstumas a Jorge Bonilla Ramírez, heredero de una respetable tradición gramatical, quien logró que estas deshilvanadas palabras fueran elementalmente legibles. Y muchas gracias a Álvaro Lobo Urquijo y su distinguido grupo de amigos, mecenas de la cultura, que entienden perfectamente que “sin un paralelismo material y espiritual en el desenvolvimiento de una nación, es imposible lograr superar ambiciosas metas de civilización y de progreso”.

Para terminar, cabría la reflexión: ¿por qué escribir sobre Mozart? Tal vez hablar de su faceta masónica fue sólo un pretexto; acaso Ernst Fischer, el connotado esteta marxista, austriaco, terminó convenciéndome cuando anotó: “Quizá sea algo más que mi gusto personal lo que me lleva a asociar los nombres de Homero, Aristófanes, Villon, Giotto, Leonardo, Cervantes, Shakespeare, Brueghel, Goethe, Stendhal, Puschkin, Keller, Brecht, Picasso y por encima de todos Mozart, siempre Mozart”.

I. La masonería austriaca en el siglo de las luces

El reino que yo gobierne debe ser normado según mis principios, eliminando todo prejuicio, fanatismo, sectarismo y esclavitud del espíritu; y cada uno de mis súbditos habrá de disfrutar las libertades legítimas.

(José II)

Alejo Carpentier, el desaparecido escritor cubano, al comentar en su novela histórica *El siglo de las luces* no solamente la amplia difusión de la música masónica de Mozart, sino también la conspicua presencia de la Masonería como protagonista de primer plano en la convulsa historia de las de las postrimerías del siglo XVIII, dice:

Allí se oía mucha música de un inspirado compositor masón llamado Mosar o Mótzarth, o algo parecido, pues un barítono vienés cantaba algunos de sus himnos en las ceremonias de iniciación, embelleciendo de ricos calderones las melodías de: "Oh, Santa Unión de los fieles Hermanos"; o de la invocación: "Vosotros que honráis al Creador bajo el nombre de Jehová, Dios, Fu o Brahama". Allí se vivía en contacto con hombres interesantísimos, para quienes la revolución era una victoria de orden material y político que habría de llevar a una victoria total del Hombre-sobre-sí-mismo.¹

Pero la masonería es mucho más antigua. Algunos de sus historiadores sitúan sus orígenes en la más remota antigüedad, y sus fuentes inmediatas en la Edad Media, cuando comenzaron a organizarse los gremios, como los de los albañiles y canteros, y fue quedando una especie de asociación solidaria hasta finales del siglo XVI.

La masonería moderna se inició apenas en las primeras décadas del siglo XVIII, cuando la evolución política y social de Europa –especialmente de Inglaterra– transformó la secular masonería operativa en masonería especulativa. La antigua asociación gremial se convirtió en una confraternidad espiritual, y la labor material se cambió por otra de índole moral e intelectual, y de los tradicionales instrumentos de trabajo sólo quedó una forma alegórica para la realización de una actividad enaltecedora del espíritu.

La masonería especulativa se consolidó en Londres, el 24 de junio de 1717, en una célebre reunión de algunas logias preexistentes, evento que después dio origen a la Gran Logia de Inglaterra, posteriormente reconocida como La Gran Logia Madre del Mundo. Esta agrupación estaba integrada por intelectuales, políticos, aristócratas y personajes de la realeza, quienes ocuparon sus altas dignidades y oficialías, y llevaron así a esta Orden a una encumbrada posición que jamás logró una comunidad similar.

Pero, se preguntarán los lectores, ¿qué es la masonería? Edward J. Dent, el connotado musicólogo inglés, en su exhaustivo estudio de *La flauta mágica*, nos brinda una de sus más satisfactorias definiciones. Reza así:

*La masonería es la actividad de hombres estrechamente unidos que, utilizando formas alegóricas entresacadas, en la mayor parte, del oficio de albañil o del arte constructivo, trabajan por el bien de la Humanidad procurando la perfección de sí mismos y de los demás, para establecer así la unión universal de todos los hombres.*²

Si la anterior definición nos proporciona una visión panorámica de esta Institución, Américo Carnicelli, el insigne historiador de la masonería colombiana, citado por Luis Duque Gómez, nos entrega un claro perfil del masón:

El masón está obligado a obedecer la ley moral y, por consiguiente, sus actos deben ajustarse rigurosamente a su propia conciencia. Jamás podrá ser ateo ni un dogmático en materia religiosa. La tolerancia y el amor a sus semejantes deben estar presentes en todos los ángulos de su vida de relación. Debe ser hombre activo, estudioso, amante de la verdad y justo en sus conceptos y decisiones. El masón está, pues, obligado a mantenerse alejado de los vicios y a procurar su propio perfeccionamiento mediante el trabajo y la superación de sus defectos. A nadie puede estorbársele su ingreso a la masonería por razón del credo religioso que practique, ni a nadie, después de ser aceptado, se le obliga a cambiar de fe o a obrar en contra de las religiones establecidas... En el seno de esta institución se observa un culto ardiente por la libertad y por ello los masones luchan contra toda esclavitud en todas las formas.³

Por su carácter libertario, no confesional y antidogmático, las logias masónicas fueron, prácticamente desde sus propios inicios, objeto de la hostilidad y la persecución de la Iglesia Católica y de los déspotas de entonces.

En efecto, el Papa Clemente XII, el 28 de abril de 1738, expidió su bula *In Eminenti* que declaraba a los masones incurso en pecado mortal y sujetos a la excomunión. La difusión de este anatema pudo ser parcial y temporalmente evitada gracias a que influyentes personalidades de los diferentes establecimientos políticos pertenecían a la masonería, como lo veremos más adelante.

Dieciocho años después, en agosto de 1751, el Papa Benedicto XIV promulgaba la bula *Providas Romanorum Pontificum*, en la que reafirmaba la actitud de su antecesor. En este documento se argüía que la Iglesia Católica “no podía aceptar un juramento incondicional relacionado con una autoridad impersonal y con fines desconocidos”. Por otra parte consideraba que en “esa clase de sociedades

se agrupaban indistintamente hombres de todas las sectas y religiones, y es evidente que de esto debía resultar un gran perjuicio para la religión católica”.⁴ En esta ocasión la publicación general de la bula tuvo un radio de alcance más amplio y, por consiguiente, la persecución, esta vez implacable, no se hizo esperar, revistiendo macabros matices, especialmente en España y Portugal.

Pero, ¿cuál era el trasfondo de esta avalancha de anatemas que la Iglesia Católica, con la anuencia y el apoyo de algunos monarcas, enfilaba contra la Masonería? Orlando Solano Bárcenas, el disertado tratadista e historiador de la Institución, citado por Jaime Montoya Candamil, nos dice al respecto:

*En realidad, lo que estaba en juego en ese momento, era el ascenso del movimiento democrático y republicano que se estaba gestando en las logias masónicas, no como una posición de partido, sino como un fruto de la metodología de trabajo y del progresismo de esos talleres masónicos. Los políticos, en consecuencia, esgrimían el argumento religioso con fines políticos y los religiosos esgrimían los argumentos políticos con fines religiosos. Se revivía de esta forma el augustinismo, pasando por Jonás de Orleans, por Pedro Lombardo, por el decreto Graciano, por Isidoro de Sevilla y por los teólogos juristas de la segunda Escolástica: Vitoria, de Soto, Suárez, Lessius y Roberto Belarmino, entre otros. El delito religioso era identificado con el político y viceversa, apelando a textos profanos y a textos religiosos que daban lugar a condenas político-espirituales.*⁵

No obstante estos golpes baculares y el asedio de las autoridades civiles, la masonería prosperó y se expandió a lo largo y ancho del continente europeo; se establecieron logias en Francia, Alemania, Portugal, Holanda, Suiza, Dinamarca, Italia, Bélgica, Rusia y Suecia. Posteriormente se propagó por América, donde arraigó profundamente en las Trece Colonias y en los enclaves coloniales británicos del Caribe.

El musicólogo Reinhard Pauly, complementando las anteriores apreciaciones, anota:

Las virtudes de tolerancia y amor fraternal, la creencia en la dignidad del individuo independientemente de su cuna, estos y otros conceptos de la Ilustración fueron esenciales para los credos de las organizaciones fraternales que se desarrollaron durante el siglo XVIII, en especial la masonería, Orden que atrajo a muchas figuras destacadas de la política, la filosofía y las letras.⁶

Consecuentemente, podemos aseverar sin hipérbolos que la masonería fortaleció sus columnas con las más preclaras personalidades de la intelectualidad de la época. Así podemos observar que, en vida de Mozart, esta institución constituía una fuerza espiritual poderosísima. Helvecio, Lalande, Montesquieu, Voltaire, D'Alembert, precursores del nuevo orden, se contaban entre sus miembros. Federico II de Prusia, Federico Guillermo II, su sucesor; Goethe, Wieland, Herder, Lessing, Klopstock y Fichte, pertenecieron a la masonería. También fueron masones, Miranda, Nariño, Bolívar, Santander, San Martín, Hidalgo, O'Higgins, Washington, Jefferson y Franklin, precursores y ejecutores de la independencia americana. Por tal razón, no debe sorprendernos el hecho de que Mozart no se hubiese sustraído al arrollador impulso del *Zeitgeist*.

Casanova en sus *Memorias* también nos da un elocuente testimonio, si bien frívolo, de la preeminencia que logró la masonería en ese entonces, cuando nos dice:

Un joven bien nacido que desea viajar y conocer el mundo y lo que llamamos el gran mundo, que en ciertos casos no quiera considerarse inferior a sus semejantes, ni ser excluido de la participación de todos los placeres, debe hacerse iniciar en lo que llaman la Francmasonería, aunque no sea más que para saber superficialmente lo que es.⁷

La masonería llegó formalmente a Viena en 1732, cuando se fundó la logia *Aux Trois Canons* (“Los Tres Cánones”), sufragánea de Breslau, la cual se asoció con otros talleres que se establecieron posteriormente, constituyendo “La Logia Provincial de Austria”, dependiente de Berlín. Algo después, el 7 de marzo de 1743, la masonería austriaca comenzaría a padecer los rigores de la persecución institucional, puesto que la emperatriz María Teresa, influenciada por los jesuitas, ordenó el allanamiento de la logia “Los Tres Cánones”, a la que asistía su esposo, Francisco Esteban de Lorena.⁸ Este episodio fue ampliamente comentado en el ámbito europeo, y Eugen Lennhoff lo narra de la siguiente manera:

Profunda sensación causó el hecho de que penetraron en la logia reunida aquella noche, cien granaderos de Bayreuth que por orden de la emperatriz exigieron a los masones la entrega de las espadas y detuvieron a todos los presentes. Los Hermanos entregaron sus espadas al Venerable Maestro, quien las rindió ante el oficial que mandaba la tropa. Los detenidos sufrieron un largo interrogatorio en presencia del Cardenal Kollonitz, el 19 de marzo, fiesta onomástica del heredero del trono, y quedaron en libertad a solicitud del emperador consorte, el más distinguido masón de Europa, quien salió fiador del comportamiento de sus hermanos y se declaró dispuesto a rebatir cuanto se dijese en contra de ellos.⁹

Eventos de esta índole indujeron a Alfred Einstein, el gran erudito mozartiano, a considerar curioso el caso de la masonería austriaca, y en este sentido, no sin cierto toque de humor, apunta:

Francisco de Lorena, posteriormente esposo de la fanática emperatriz María Teresa, había sido iniciado en La Haya, apadrinado por Lord Chesterfield, embajador inglés en ese entonces. Su joven esposa le permitía la asistencia a las logias, considerando, presumiblemente, que

*estas escapadas eran menos peligrosas que sus aventuras con las cortesanas. Su vinculación a la masonería impidió la publicación en Austria y sus dominios de la bula de Clemente XII. Sin embargo, en 1764, María Teresa suprimió la Orden en el Imperio y ésta se vio obligada a trabajar en la clandestinidad. La muerte de la emperatriz, en 1780, auguró un renacimiento de la masonería. Aunque su sucesor, José II, no fue masón, algunos de sus planteamientos coincidían con los de esta institución, razón por la cual sus miembros esperaban continuar con sus actividades y seguir prosperando.*¹⁰

La presencia de José II en su época fue lo suficientemente importante como para que Leopold von Ranke, el insigne historiador alemán, al incluirlo en su libro-galería *Grandes figuras de la historia*, se exprese de él en los siguientes términos:

La soberanía asociada a las ideas innovadoras, no tuvo mejor representante que este monarca. Podríamos decir que fue, en cierto modo, mártir de ella. Al mismo tiempo todos sus actos y afanes estaban encaminados a hacer de Austria un estado unido y fuerte, en condiciones de poder dominar a la Europa Central.

*Nos da el primer ejemplo, en la Europa moderna, de esta tendencia a la expansión del poder, así en el interior como en el exterior, en lo político y en lo militar, sin miramiento alguno por las nacionalidades, los derechos antagónicos o las confesiones religiosas.*¹¹

En carta al arzobispo de Salzburgo, el nuevo emperador resumía su pensamiento político, cuando le escribía: “El reino que yo gobierne debe ser normado según mis principios, eliminando todo prejuicio, fanatismo, sectarismo y esclavitud del espíritu; y cada uno de mis súbditos habrá de disfrutar las libertades legítimas”.¹²

Durante el imperio de José II se cristalizaron reformas de avanzada para su época, no solamente en lo político y

social, sino también en lo cultural y en el espinoso asunto de las relaciones del Estado con la Iglesia Católica; reformas “que de haberse materializado y extendido – como lo apunta certeramente Luis Carlos Ibáñez- hubiesen atenuado la sangrienta sacudida de la Revolución Francesa”.¹³

En 1781, con motivo de un decreto imperial que prohibía a las órdenes religiosas y seculares reconocer superiores extranjeros y remitirles dinero, se hizo imperiosa la necesidad de establecer una jurisdicción masónica independiente de cualquier potencia extranjera. Para tal efecto se constituyó la *Grosse Landesloge von Österreich* (“La Gran Logia Nacional de Austria”), el 22 de abril de 1784. Posteriormente, en diciembre de 1785, debido a problemas presentados por el creciente número de logias y de miembros de las mismas, José II decidió asumir el control del nuevo ente directriz de la masonería austriaca. Al proceder así, reagrupó a los talleres masónicos que trabajaban en Viena en dos grandes logias: logia *Zur Wahrheit* (“La Verdad”) y logia *Zur neugekrönten Hoffnung* (“La Esperanza Nuevamente Coronada”). Además, el emperador comenzó a exigir las listas de sus miembros. “Como resultado de esta supervisión –consigna Robbins Landon- estas listas, tanto manuscritas como impresas, entraron en los ficheros secretos de los archivos de la Corte”.¹⁴

A su turno, como contraprestación, el emperador se comprometía “a brindar en todos sentidos perfecta acogida a los masones, concediéndoles protección y libertad, con inmunidad en el interior de las logias respecto de su constitución, de modo que el poder civil no habría de penetrar en ellas, ni proceder a indiscretos interrogatorios. De esta manera, la sociedad de los masones, que se compone de muchas personas correctas y honradas, a quienes conozco personalmente, podrá ser útil al Estado”.¹⁵

Los masones austriacos reaccionaron de manera diferente ante esta nueva situación. Algunos de ellos consideraron inadmisibile *per se* esta intromisión gubernamental y se marginaron definitivamente de las actividades masónicas. Otros, entre ellos Mozart, estimaban que José II y sus sucesores continuarían siendo benefactores y tolerantes con la Orden y, por ende, prosiguieron sus trabajos, mirando el porvenir con optimismo. Pero, como lo veremos, no sucedió así.

En el caso concreto de la música, podemos afirmar que este emperador fue un decidido y eficaz impulsor de la creación y consolidación de una ópera nacional alemana que rivalizara con su contraparte italiana, que entonces imperaba, pero su prematura muerte le privó de ver realizado este ambicioso y caro proyecto. Igualmente, durante el gobierno de José II, Viena se proyectó como uno de los centros musicales y culturales más importantes de Europa. Bástenos afirmar que a finales del siglo XVIII, esta ciudad acogió en su seno a las tres figuras emblemáticas del Clasicismo: Haydn, Mozart y Beethoven.

Con la lamentable desaparición de José II en 1790, advino al trono su hermano Leopoldo, quien como Gran Duque de Toscana se había manifestado progresista y tolerante, pero como emperador se le vio más cauteloso y conservador. No en vano la resonancia de los hechos desatados en París el 14 de julio de 1789 ya llegaba, inquietantemente, a territorio austriaco. Sobre este punto hablaremos más detalladamente en otro capítulo.

Durante el gobierno de este nuevo emperador, que reinaría con el nombre de Leopoldo II, la vida masónica siguió su curso con relativas normalidad y tranquilidad; incluso la vieja y extinta logia “San José” –entronizada en honor de su fallecido hermano- levantó nuevamente sus columnas con su aquiescencia. Marginalmente debemos reseñar que con el beneplácito imperial también se fundó

la logia “Amor y Verdad”, de tendencia rosacruzista, circunstancia que se ha esgrimido como argumento para demostrar las simpatías que el emperador le profesaba al Rosacruzismo.

Este monarca falleció en 1792, y le sucedió su hijo Francisco, con quien se iniciaría el retorno al viejo orden, tarea en la que contaría con la eficiente colaboración de Metternich. Los Ewen (David y Federico), en su extraordinario libro sobre Viena, dicen de él:

Con perspicacia profética, José II había desconfiado de su sobrino Francisco. Lo hallaba perezoso, indolente, lerdado en la acción. “No hay alma en esa máquina”, se lamentaba... Durante el tormentoso período que siguió – cuando lo que se requería era frialdad, prudencia, sobriedad- Francisco ejerció una política de intensa, implacable reacción, de crueldades y represiones como no se veían desde hacía años. “Severidad” era la palabra que con más frecuencia aparecía en sus edictos. Reprimiría la ola de enciclopedismo y agitación revolucionaria con la horca, el látigo y el calabozo. Borraría todo vestigio de pensamiento democrático; acallaría toda conversación sobre derechos humanos y la igualdad. Lo sometería todo a la búsqueda del pensamiento subversivo: ¡Hasta condenó La flauta mágica porque sospechó que velaba ideas revolucionarias bajo un oscuro simbolismo!

Todas las reformas de su tío José y de su padre fueron arrojadas por la borda. Anhelaba el regreso del antiguo orden. Y así emprendió la tarea de la reacción. Necesitó de una Naderer: delatores, espías, agentes de policía. Toda la hez de la sociedad estaba allí para ayudarlo, para traerle historias de conspiraciones, de terribles complots, de conversaciones peligrosas. La Inquisición volvió a estar en pleno funcionamiento y encontró sus Torquemadas en los infatigables y hábiles condes Saurau y Pergen.¹⁶

El primer blanco de esta campaña fue la masonería, desde luego; y la primera tarea que se impusieron las autoridades policíacas fue imposibilitar sus actividades, labor en la cual fueron, irónicamente, secundados por algunos masones renegados.

La masonería austriaca, consciente del sombrío destino que le esperaba, decidió *motu proprio* cesar sus actividades en 1794, lo que dio inicio a lo que Robbins Landon llamó en su monumental libro sobre el último año de Mozart, la “medianoche para los masones”.¹⁷

Comoquiera que Mozart murió en diciembre de 1791, no sobra hacer una referencia de esta etapa terminal de la masonería austriaca, así sea superficial.

Paumgartner opina que “la mayor parte de sus miembros se pasó al campo enemigo. Se echaba la culpa a los masones de la Revolución Francesa y se veía en ellos el elemento subversivo del Estado y unos enemigos del orden, la religión y de la Casa Imperial. Muchos de los masones se retiraron a sus casas. Otros, de conformidad con su juramento de guardar silencio, se retiraron a la sombra”.¹⁸

Después de constantes e ingentes esfuerzos que infructuosamente se hicieron para restablecer la vida masónica en Austria, sólo debido a la derrota y colapso del Imperio de los Habsburgo en la Primera Guerra Mundial, la masonería austriaca, que tanto honor y renombre dio a su patria, pudo levantar nuevamente sus columnas, aunque a la vuelta de la esquina le esperaba la brutal embestida del nazismo.